He dicho esto, amigos, no porque me sienta sin fuerzas para contestar á estas cuestiones, á estas dificultades; pero antes de responder quiero haceros observar esto. No siendo nuestros dogmas cristianos, ideas metafísicas, sino hechos que ocupan en la historia del mundo mas lugar, que el que ocupa el Monte Blanco en los Alpes, seria absurdo hacer depender nuestra fé de las respuestas que se den á las obgeciones que se suscitan contra sus dogmas. Cuánto mas se acumulen dificultades contra nuestra creencia, tanto mas se manifiesta la intervencion de Dios en su establecimiento. Cuando yo me encuentro con algunos espíritus fuertes que saben de memoria su Voltaire y Rousseau, los dejo soltar sus prendas, y frecuentemente yo mismo les encarezco sus obgeciones al punto de engañarlos alguna vez y de grangearme singulares elogios; y despues les digo: si señores, el cristianismo es increible, y si es increible para nosotros á quienes solo nos pide el sacrificio de nuestros vicios, ciertamente era mas increible para las primeras generaciones, á las que les imponia el sacrificio de lo que tenemos de mas amable, la libertad, los bienes y la vida. Sin embargo, el se hizo creer y de tal suerte creer, que millones de millones de hombres de todos paises y de todas condiciones le han dado el testimonio de su sangre. Convengamos pues en que si él es increible todavia, no puede serlo sino para los cobardes y los ignorantes.

Nos reiriamos del buen hombre que se dejára sorprender con esta gazconada: «¿Sabeis señores que se acaba de descubrir que el Monte Blanco no es mas que una fábula inventada por los habitantes de Chamonix.?» [1] Bien, pues este buen hombre seria menos ridículo, que él que se dejára sorprender por esta necedad: el catolicismo ha sido inventado por los sacerdotes. En efecto, si el gigante de los montes de Europa tiene una multitud de creyentes y de testigos: si él encierra en los pliegues de su manto de nieve algunas veintenas de mártires de la curiosidad; la religion católica cuenta sus creyentes por millares, y no hay año en la historia del mas pequeño pais del universo, que no pueda ella mostrar la sangre de alguno de sus innumerables mártires.

La respuesta directa á las obgeciones graves de Mr. el Mayre exige algunas esplicaciones; volverémos á ellas en el primer entretenimiento.

ENTRETENIMIENTO DOCE.

Necesidad de la leccion del Calvario. Inmensidad de sus resultados.

Las dificultades propuestas por Mr. el Mayre son estas: ¿Para qué la espantosa carnicería del Calvario? ¿Era necesaria para determinar á Dios á perdonar á los hombres, ó para obtener de Satanás que cediera de sus derechos sobre los pecadores? ¿La Divina Omnipotencia no tenia un medio mas eficaz y mas pronto, para destruir á los falsos dioses y sus ídolos, que despues de diez y ocho siglos del sacrificio de la cruz reinan todavía sobre algo mas de la mitad del género humano?

---

[1] Valle de la Saboya que sirve de avenida al Monte Blanco.

Estas cuestiones, amigos mios, son todo lo que hay de mas elevado en la filosofía cristiana; pero gracias al Divino Maestro que se ha dignado «revelar á las almas sen«cillas y á los niños, verdades ocultas á los pedantes in«fatuados de su razon:» (1) yo espero resolverlas de la manera mas inteligible y mas perentoria para todos los que entre vosotros quieran escucharme con atencion. Comencemos:

¿La religion nos dice acaso que necesitaba absolutamente la sangre, y sangre divina, el Padre celestial para abrir su corazon á la misericordia? No. Porque su misericordia es eterna como él, y la historia del mundo antiguo nos ha probado que nuestros pecados no la habian agotado.

¿La religion nos dice que era necesaria la sangre divina para que Satanás cediera el derecho que tenia sobre las almas? No. Porque si hubiera sido necesario tratar con el padre de los trapaseros y los pillos, no le habria faltado arbitrio para retener y guardar sus prisioneros. Pero la religion, la filosofía cristiana, la historia, el conocimiento del hombre, nuestra conciencia y en lo general el buen sentido, nos dicen, nos demuestran que nada menos se necesitaba que el espantoso martirio del hombre Dios para despertar nuestras almas sumidas en el fango, y determinarnos á salir del desórden y del mal que nos hacen enemigos de Dios y esclavos de Satanás.

Recordad, mis amigos, estos dos principios del catecismo católico: 1.° Dios que nos ha creado sin nosotros, no nos salva sin nosotros. 2.° Satanás nos propone el mal,

(1) San Mateo. cap. 11. v. 25.

pero no nos lo impone, y él no pierde sino á los que quieren perderse. ¿Qué se sigue de esto? Que para salvarnos Jesucristo, no tenia que vencer ni la dureza del Padre celestial, ni el poder de Satanás; pero que él debia obrar sobre nosotros y «determinarnos á renunciar á Satanás y á sus pompas y á sus obras,» llevando una vida nueva, digna de nuestra calidad de hijos de Dios y herederos del reyno eterno de los cielos.

¿Cómo pues el Hijo de Dios podia determinar á los judíos y paganos á entrar en esta vida nueva? ¿Era solamente por la predicacion acompañada de los milagros? No. La predicacion y los milagros, prodigados por el espacio de cuarenta siglos, no habian impedido á los hombres caer, como se dice, de la fiebre en el delirio. Por el espacio de tres años, el Salvador empleó estos dos medios con un brillo incomparable. ,,Jamas hombre alguno ha hablado como él," esclamaba en todas partes la multitud tan apasionada por sus discursos, que se olvidaba hasta de la necesidad de comer. Los milagros eran tan multiplicados y tan brillantes, que no habia mas que una voz en el pueblo para decir: ,,Jamas un profeta ha hecho tan grandes cosas:" ,,él es el Mesías prometido á nuestros padres; él es el Cristo."

¿Cuál fué para Jesucristo el fruto de tantos trabajos y beneficios de una popularidad sin igual? El abandono de sus mas adictos discípulos en el dia de la prueba, y este grito del pueblo: Dadnos libre á Barrabas y crucificad á Jesus.»

¿Habría el Salvador logrado mejor su intento juntando á la palabra y á los beneficios el poder de los castigos?

¿Pensais vosotros, mis amigos, que algnnos golpes de rayo sobre la cabeza de sus enemigos y contradictores habrian atraido y abierto los entendimientos y los corazones á las luces y á las virtudes del Evangelio? No, evidentemente no, sus enemigos y contradictores se habrian hecho mas cautelosos, y esto habria sido todo.

Los castigos, vosotros lo sabeis, no habian faltado desde Adan hasta Jesucristo, el espectáculo que ofrecia por todas partes el mundo de una sociedad de monstruos adorando todos los vicios y devorando como á porfía las diez y nueve veintenas del género humano, ¿no era este espectáculo el mas espantoso castigo? Sin embargo, ¿quien pensaba en enmendarse? Nadie; los grandes y los sabios del paganismo juzgaban que todo iba á mejor. Los desgraciados esclavos, no teniendo idea de un órden mejor, permanecian pacíficos en su embrutecimiento. En la Judea, donde era conocido el verdadero Dios y esclusivamente adorado las clases mas influentes, los escribas y fariseos habian corrompido por sus usos y tradiciones la pureza de la ley divina como se los reprochaba el Salvador. Sepulcros blanqueados por fuera, llenos de corrupcion en el interior, estos hipócritas adornaban sus casas, sus gorros y sus vestidos con sentencias de la Escritura santa, y su corazon era el santuario de un orgullo, un egoismo satánicos, de una envidia y de una avaricia desenfrenadas.

Comprendamos bien esto: para que el castigo sea saludable, y aparte del mal al pecador, es preciso que el pecador tenga conocimiento del mal, y para que el pecador conozca el mal es preciso hacerle conocer el bien: porque el mal no es mas que una oposicion al bien, luego para conocer el bien es indispensable conocer á Dios, bien eterno, inmutable, fuente única de toda vida y de todo bien.

¿Padres y Madres, como haceis para inclinar á vuestros hijos al bien y apartarlos del mal? Les decis vosotros: haced esto porque asi lo manda Dios, sí lo obedeceis os bendecirá en esta vida, y os recibirá un dia en el paraiso de su gloria: evitad esto porque Dios lo prohibe; y cuidado si lo haceis!

Bien amigos mios: tal era la leccion, que era preciso dar á la universalidad de los hombres· ellos habian perdido la ciencia del bien y del mal, y esta ciencia de las ciencias no podia enseñarseles sino por la leccion para siempre formidable y siempre consoladora del Calvario. Alli solamente brilla esta verdad de las verdades fuera de la cual no hay salvacion, ni para los individuos ni para los pueblos. Dios infinitamente bueno, de tal suerte ha amado á los hombres, aun cuando ellos eran malos, que les ha enviado á su Hijo único para enseñarles su ley y ayudarles á librarse del mal; mas por lo mismo que es infinitamente bueno, él tiene un horror infinito al mal y á los que se obstinan en el amor del mal que él ha prohibido, y este horror á la iniquidad es tan grande, que habiéndose dignado su Hijo muy amado cargarse de nuestras prevaricaciones, él ha debido ser tratado como un gusanillo de la tierra.

Tal era, amigos mios, el mandamiento, la órden arreglada desde el principio en el consejo de la caridad y santidad infinitas, y que debia cumplir el Hijo de Dios. Tal era el bautismo sangriento, como el mismo lo lla-

mó, por el que debia purificar las almas inspirándoles el horror del mal, tal era la ceremonia de su coronacion como Rey y Gefe de la humanidad regenerada, él no podia ser reconocido y obedecido sino colocándose sobre el trono de la Cruz, como él mismo lo decia á los Judios: "Cuando hubiereis elevado al Hijo «del hombre, entonces conocéreis que yo soy el envia«do de Dios..... Cuando yo fuere elevado de la tierra, «atraeré á todos los hombres á mí;" y recelando que esto se entendiera de su ascencion al cielo, el Evangelista San Juan nos dice que él hablaba del género de su muerte (1).

Que este haya sido el medio mas eficaz para triunfar de la obstinada corrupcion de los hombres, los hechos lo prueban. La Cruz teñida con sangre divina recorrió en menos de medio siglo el imperio Romano, y pasó mas allá de sus límites, y á las costumbres mas abominables suceden las virtudes divinas: en todas partes á la aparicion de la Cruz, la muger se eleva y levanta consigo á la familia: la vida del infante, la del esclavo vienen á ser sagradas. San Pablo tomando á un esclavo fugitivo y ladron para hacer de él un obispo, (2) abolió la esclavitud en el espíritu de los cristianos, que despues sin escrúpulo, confian las mas altas dignidades del sacerdocio á los que los paganos llamaban una segunda especie de hombres. Se han visto grandes señores arro-

(1) San Juan cap. 8.º vers. 28 y cap. 12 vers. 32 y 33.

(2) San Enesimo que es el asunto de la admirable carta de San Pablo á Filemon.

dillarse á los pies de sus esclavos y decirles: "Bendecidme, Padre mio, y ayudadme á hacer mis paces con Dios." Griegos, Romanos, Judios y cualesquiera clase de bárbaros, que todos se aborrecian y se devoraban entre sí, se tienen por hermanos, oran los unos por los otros, se envian apóstoles y socorros materiales del uno al otro estremo del mundo y conocen la necesidad de entregar, de sacrificar su vida por hombres á quienes jamas han visto.

Al libre pancista que se burla de los milagros de los Apóstoles, ó que repite el verso tan absurdo como impío de Voltaire: «Al mundo Dios lo visitó, pero no lo mudó:» le diré yo: Tú que no crees en los milagros de los apóstoles porque no los has visto, sea en buena hora; pero me pareceis hombres cuya razon está toda en los ojos, y que serian bestias si hubieran nacido ciegos; pero hé aquí un milagro que debeis ver, á menos de que no seais un perfecto ignorante de la historia.

¿Quién cultivaba la Europa y ejercia todos los oficios mecánicos hace mil y ochocientos años? Ciento cincuenta millones de esclavos embrutecidos y entregados en cuerpo y alma á la discrecion de menos de diez millones de ciudadanos. En lugar de estos innobles rebaños ¿qué se ve ahora? Doscientos millones de hombres libres, la mayor parte grandes ó pequeños propietarios, todos dueños de su persona y de su trabajo, todos bastante instruidos en la filosofía religiosa, por la que el niño del campo sabe mas de Dios, del hombre y del mundo, que lo que supieron los mas grandes genios del paganismo: todos bastante gran-

des ante la justicia para que ninguno pueda ser privado de sus bienes, de su libertad, de la vida, sino es en virtud de juicio legal.

Recorred nuestras grandes ciudades, sobre todo la que despues de haber sido la capital del mundo pagano, ha venido á ser el centro del mundo cristiano. Ved, todavía está én pié el inmenso anfiteatro del coliséo edificado por los emperadores Vespasiano y Tito. ¿Qué veis ahora? Los Pontifices, los príncipes, los hombres del pueblo, los paisanos, los pobres sirvientes, los limosneros, orando juntos al pié de la cruz colocada en el mismo lugar, donde bajo los emperadores menos inhumanos, los leones, los tigres, las panteras despedazaban diariamente millares de nuestros semejantes para divertir á cien mil ciudadanos y ciudadanas.

¿Qué son estos inmensos y suntuosos edificios que vosotros veis por todas partes levantados en lugar de anfiteatros y circos construidos por la ferocidad romana? Son Hospitales, Hospicios, Hoteles de Dios, donde la caridad cristiana recoje y cuida con veneracion á estos mismos pobres y desgraciados, que los magistrados y grandes del paganismo amontonaban sobre bajeles viejos para echarlos á pique ó arrojarlos en una isla desierta. Y estas mujeres sentadas noche y dia á la cabecera de tantos enfermos asquerosos y repugnantes, y que les prestan con gozo servicios que ofenden nuestra delicadeza ¿qué son? Son las hijas de la caridad, salidas las unas de un palacio, las otras de una choza en virtud de estas palabras: «Amaos los unos á los otros, como yo mismo os he amado, dando mi vida por el último de vosotros.»

Estos europeos, aprendiendo del evangelio á amarse y sacrificarse los unos por los otros, como antes habian aprendido de la naturaleza á detestarse y devorarse los unos á los otros, ved aquí, le diré yo al libre pancista, el milagro siempre subsistente de Cristo y sus apóstoles; y si este charlatan me responde: yo nada veo, no veo mas que el progreso natural del espíritu humano, le diria yo: buen hombre, id pues á estudiar el progreso natural del espíritu humano entre los Tártaros, los Chinos, los del Indostan y los negros del Africa.

Sí, amigos mios; yo os lo repito, no habria mas que la leccion formidable y soberanamente tierna del Calvario, que fuera capaz de revolucionar al mundo antiguo y arrancarlo al culto de los vicios mas degradantes y mas inhumanos.

Sin duda, Dios dió á la palabra de los apóstoles un poder sobre las almas, cual no habia dado en el mismo grado á la palabra de los antiguos profetas; mas para que esta palabra convirtiera á los hombres, era entonces preciso, como lo es ahora y lo será siempre, que los hombres lo quisieran, y lo quisieran resueltamente. ¿Qué es pues lo que determinó á los paganos á romper con el culto inmemorial de los falsos dioses, y con sus costumbres soberanamente disolutas? Era la fé de un Dios crucificado, y crucificado por nuestras iniquidades, era la meditacion de estas palabras del Salvador á las mugeres de Jerusalen que lloraban por su suerte: "No lloreis por mí, llorad sobre vosotras y sobre vuestros hijos, porque si esto se hace con el leño verde, ¿qué se ha-

rá con el leño seco?" (1) ¿Qué es lo que inspiraba á los neófitos la fuerza para derramar generosamente su sangre por Jesucristo? Era la Sangre de Jesucristo que el Sacerdote ó el Diácono iban á llevarle hasta en su prision.

Y bien, hoy es lo mismo. ¿Quién es el hombre jóven que no teniendo todavia mas que suero en las venas, se determina á vivir en el trabajo, la sobriedad, la castidad y la práctica de todas virtudes cristianas? Es solamente aquel que nutre su fé en un Dios crucificado, y va frecuentemente á los lugares donde recibe la palabra y el pan de vida. ¿De donde viene que nuestra juventud va tomando de nuevo las costumbres paganas? De que deserta de las Iglesias por la taberna, el café, el club: ella no escucha ya al Dios de caridad, no come su carne; y he aquí la razon por qué ella escucha con gusto á los malvados que le predican el odio á los ricos y la necesidad de devorarlos.

Y esto que vemos en los individuos, lo vemos tambien en las familias y en los grandes pueblos. ¿Cuál es la nacion idólatra bárbara, que renuncia á sus superticiones absurdas y á sus costumbres feroces? Es la nacion en la que nuestros intrépidos misioneros van á plantar la cruz y á predicar al Dios muerto por la salud de todos. Que una armada de profesores, de artistas, de oficinistas, de artesanos, educados y enviados por el Estado, vayan á llevar nuestras ciencias, nuestras artes y todo el aparato de nuestra civilizacion, menos el catecismo, á un pueblo embrutecido, y que en seguida se nos venga á decir que ellos han hecho un pueblo civilizado, dulce y humano; lo creeré yo tanto como si se me dijera, que el Monte blanco se habia desnudado, desde la cumbre hasta el pié, de su manto de hielo, y que ya no era mas que una floresta cubierta de higueras y de naranjos.

(1) S. Lúcas cap. 23. vers. 28. 31.

Vosotros veis ya, amigos mios, que la regeneracion moral y libre de los hombres hace indispensable el formidable sacrificio de un Dios Salvador: nosotros veremos luego en el entretenimiento siguiente, por qué el efecto de este grande sacrificio, no ha sido tan pronto ni tan universal, como hubiera podido ser, segun el sentir de Mr. el Mayre.

ENTRETENIMIENTO TRECE.

Porque el mundo no ha sido convertido por un golpe de Estado. Celeridad y universalidad de la predicacion apostólica. Razon de la infidelidad de tantos pueblos.

Se pregunta, ¿por qué queriendo Dios acabar con los ídolos, no los hizo rodar en el polvo, en una hermosa mañana por un golpe de estado? Yo os haré desde luego observar, mis amigos, que el mal no estaba en los ídolos: esto es tan cierto, que nuestros Papas han gastado grandes sumas en desenterrar los dioses del paganismo y albergarlos en su palacio del Vaticano, donde en efecto se encuentra la mejor coleccion de dioses y diosas que jamas se ha visto. Léjos de acusar á los Papas de idolatría, todos los amantes de las bellas artes y